



Aristóteles y Dante se sumergen en las aguas del Mundo

POR EL PREMIADO AUTOR DE
ARISTÓTELES Y DANTE DESCUBREN LOS SECRETOS DEL UNIVERSO

BENJAMIN ALIRE SÁENZ

 Planeta

BENJAMIN ALIRE SÁENZ

Aristóteles
y
Dante se
sumergen
en las aguas del
Mundo

Aliré Sáenz, Benjamín

Aristóteles y Dante se sumergen en las aguas del mundo /
Benjamín Aliré Sáenz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
: Planeta, 2021.

472 p. ; 23 x 15 cm.

Traducción de: Sonia Verjovsky.

ISBN 978-950-49-7433-8

1. Narrativa Estadounidense. 2. Literatura Juvenil. I. Verjovsky,
Sonia, trad. II. Título.

CDD 813.9283

Título original: *Aristotle and Dante Dive Into the Waters of the World*

© 2021, Benjamin Alire Sáenz

Publicado por acuerdo con Simon & Schuster Books For Young Readers, un sello de
Simon & Schuster Children's Publishing Division

Traducción: Sonia Verjovsky

Adaptación del diseño original de portada de Chloë Foglia / Simon & Schuster, Inc.:

Planeta Arte & Diseño

Ilustración del paisaje de portada: © Mark Brabant

Lettering original e ilustraciones del cielo: © Sarah Jane Coleman

Lettering en español: © David López García

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Todos los derechos reservados

© 2021, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: noviembre de 2021

5.000 ejemplares

ISBN 978-950-49-7433-8

Impreso en Arcángel Maggio - División Libros,

Lafayette 1695, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

en el mes de octubre de 2021

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Uno

Y aquí estaba él: Dante, recargando su cabeza contra mi pecho. En la quietud del alba solo se escuchaba la respiración de Dante. Era como si el universo hubiera dejado de hacer lo que fuera que hacía solo para mirar a los dos chicos que habían descubierto sus secretos.

Mientras sentía el latido del corazón de Dante contra la palma de mi mano, deseé de alguna manera poder meterla hasta el fondo de mi pecho para arrancarme el corazón y mostrárselo a Dante, con todo lo que tenía dentro.

Pero he aquí algo más: El amor no tenía que ver con mi corazón nada más; también tenía algo que ver con mi cuerpo. Y mi cuerpo jamás se había sentido tan vivo. Y entonces lo *supe*, finalmente supe de esta cosa llamada deseo.

Dos

Detestaba despertarlo, pero este momento tenía que terminar. No podíamos vivir en la caja de mi camioneta para siempre. Era tarde, ya era otro día; teníamos que llegar a casa y nuestros papás estarían preocupados. Le besé la cabeza.

—Dante... Dante... Despierta.

—No quiero despertar jamás —susurró.

—Tenemos que ir a casa.

—Ya estoy en casa. Estoy contigo.

Eso me hizo sonreír. Era tan típico de él decir eso.

—Anda, vámonos. Parece que va a llover. Y tu mamá nos va a matar.

Dante se rio.

—No nos va a matar. Solo nos va a echar una de sus miradas.

Lo ayudé a levantarse y nos quedamos ahí parados, mirando al cielo.

Me tomó de la mano.

—¿Siempre me amarás?

—Sí.

—¿Y me amaste desde el principio, como yo te amé?

—Sí, creo que sí. Creo que sí lo hice. Es más difícil para mí, Dante. Tienes que entenderlo. Siempre será más difícil para mí.

—No todo es tan complicado, Ari.

—No todo es tan sencillo como crees.

Él estaba por decir algo, así que lo besé y ya. Para callarlo, creo. Pero también porque me gustaba besarlo.

Sonrió.

—Finalmente descubriste una manera de ganarme una discusión.

—Sí —respondí.

—Te funcionará un rato —dijo.

—No siempre tenemos que estar de acuerdo.

—Eso sí.

—Me da gusto que no seas como yo, Dante. Si lo fueras, no te amaría.

—¿Dijiste que me amas? —Se estaba riendo.

—Ya, para.

—¿Ya qué? —preguntó. Y luego me besó—. Sabes a lluvia.

—Amo la lluvia más que nada.

—Lo sé. Quiero ser la lluvia.

—*Eres* la lluvia, Dante.

Y quería decirle: «Eres la lluvia y eres el desierto y eres la goma de borrar que está desapareciendo la palabra “soledad”». Pero era decir demasiado, y yo siempre sería el tipo que decía muy poco y Dante era el tipo que siempre diría demasiado.

Tres

No dijimos nada mientras volvíamos a casa.

Dante estaba callado. Tal vez demasiado callado. Él, que siempre estaba tan lleno de palabras, que sabía qué decir y cómo decirlo sin temor. Y luego se me ocurrió que tal vez Dante siempre había tenido miedo... igual que yo. Era como si hubiéramos entrado juntos a una habitación y no supiéramos qué hacer ahí. O tal vez, o tal vez, o tal vez. Simplemente no podía dejar de pensar en todo. Me pregunté si alguna vez llegaría un momento en el que dejaría de pensar en todo.

Y luego escuché la voz de Dante:

—Quisiera ser mujer.

Me le quedé mirando.

—¿Qué? Es cosa seria querer ser mujer. ¿De verdad quisieras serlo?

—No. Digo, me gusta ser hombre. Digo, me gusta tener pene.

—A mí también me gusta tener uno.

Y luego dijo:

—Pero, si fuera mujer, nos podríamos casar y, ya sabes...

—Eso nunca sucederá.

—Lo sé, Ari.

—No estés triste.

—No lo estaré.

Pero yo sabía que sí estaría triste.

Y luego encendí la radio y Dante comenzó a cantar con Eric Clapton y susurró que tal vez «*My Father's Eyes*» era su nueva canción favorita.

—*Waiting for my prince to come* —susurró. Y sonrió.
Luego me preguntó:
—¿Por qué nunca cantas?
—Cantar significa que estás feliz.
—¿No estás feliz?
—Tal vez solo cuando estoy contigo.
Me encantaba cuando decía algo que lo hacía sonreír.

Cuando nos estacionamos frente a su casa, el sol estaba a punto de mostrarle el rostro al nuevo día. Y justo así se sentía: como un nuevo día. Pero estaba pensando que tal vez nunca volvería a saber, o a estar seguro, de qué traería el nuevo día. Y para nada quería que Dante supiera que dentro de mí vivía temor, el que fuera, porque podría creer que no lo amaba.

Nunca le mostraría que tenía miedo. Eso fue lo que me dije. Pero sabía que no podía cumplir esa promesa.

—Quiero besarte —dijo.

—Lo sé.

Cerró los ojos.

—Hagamos como si nos besáramos.

Sonreí, y luego me reí cuando cerró los ojos.

—Te estás riendo de mí.

—No, para nada. Te estoy besando.

Sonrió y me miró, con los ojos llenos de tanta esperanza... Salió de la camioneta de un brinco y cerró la puerta. Luego se asomó por la ventana abierta.

—Veo un anhelo en ti, Aristóteles Mendoza.

—¿Un anhelo?

—Sí. Una añoranza.

—¿Una añoranza?

Se rio.

—Esas palabras viven en ti. Búscalas en el diccionario.

Lo miré con detenimiento al tiempo que subía corriendo por los escalones. Se movía con la gracia del gran nadador que era. No había siquiera peso ni preocupación alguna en su paso.

Se dio la vuelta y se despidió con la mano y esa sonrisa suya.
Me pregunté si con su sonrisa bastaría.
Dios, haz que baste con su sonrisa.

Cuatro

Jamás creí que algún día me sentiría tan cansado. Me dejé caer sobre la cama... pero el sueño no tuvo ganas de visitarme.

Patas saltó junto a mí y me lamió la cara. Se acercó aún más cuando escuchó la tormenta afuera. Me pregunté qué se inventaría en la cabeza sobre los truenos o si los perros alguna vez pensarían en cosas así. Yo, en cambio, estaba contento de que hubiera truenos. Este año, tormentas tan maravillosas, las tormentas más maravillosas que hubiera conocido jamás. Seguramente me quedé dormido porque, cuando desperté, afuera llovía a cántaros.

Decidí tomar una taza de café. Mi mamá estaba sentada frente a la mesa de la cocina, con una taza de café en una mano y una carta en la otra.

—Hola —susurré.

—Hola —dijo ella, con esa misma sonrisa en la cara—. Volviste tarde.

—O temprano... si lo piensas.

—Para una madre, temprano es tarde.

—¿Estabas preocupada?

—Preocuparme es parte de mi naturaleza.

—Así que eres como la señora Quintana.

—Te sorprendería saber que tenemos muchas cosas en común.

—Sí, las dos creen que sus hijos son los chicos más hermosos del mundo. Como que no sales mucho, ¿verdad, mamá?

Se estiró hacia mí y me pasó los dedos por el pelo. Y luego puso esa cara de que esperaba una explicación.

—Dante y yo nos quedamos dormidos en la caja de la camioneta. No hicimos... —me detuve y luego solo me encogí de hombros—. No hicimos nada.

Ella asintió.

—Esto es difícil, ¿verdad?

—Sí —contesté—. ¿Se supone que debe ser difícil, mamá?

Volvió a asentir.

—El amor es fácil y es difícil. Así fue conmigo y tu papá. Tenía tantas ganas de que me tocara. Y tenía tanto miedo.

Asentí.

—Pero al menos...

—Al menos yo era mujer y él era hombre.

—Ajá.

Me miró como siempre solía mirarme. Y me pregunté si alguna vez podría mirar a alguien así, con una mirada que contenía todo lo bueno que existe en el universo conocido.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué tengo que ser así? ¿Tal vez cambie y luego me gusten las chicas como se supone que deben gustarme? Digo, tal vez lo que Dante y yo sentimos es como... una fase. Digo, solo siento esto por Dante. O sea, ¿y si en realidad no me gustan los chicos... y solo me gusta Dante porque es Dante?

Casi sonrió.

—No te engañes, Ari. No puedes salirte de esto con solo pensarlo.

—¿Cómo es que te tomas esto tan a la ligera, mamá?

—¿A la ligera? Todo menos eso. Me costó mucho trabajo lo de tu tía Ofelia. Pero la amaba. La amaba más de lo que he amado a nadie, aparte de ti y de tus hermanas y tu papá. —Hizo una pausa—. Y de tu hermano.

—¿Mi hermano, también?

—Solo porque no hablo de él no quiere decir que no piense en tu hermano. Mi amor por él es silencioso. Hay mil cosas viviendo en ese silencio.

Tendría que pensar un poco más en eso. Comenzaba a ver el mundo de modo distinto solo por escucharla a ella. Escuchar su voz era escuchar su amor.

—Supongo que podrías decir que no es la primera vez que salgo a batear. —Tenía esa mirada feroz y tenaz en el rostro—. Eres mi hijo. Y tu padre y yo hemos decidido que el silencio no es una opción. Mira lo que nos hizo el silencio con respecto a tu hermano... No solo a ti, sino a todos nosotros. No repetiremos el mismo error.

—¿Eso quiere decir que tengo que hablar de todo?

Pude ver cómo los ojos se le llenaban de lágrimas y oír la suavidad de su voz mientras decía:

—No de todo. Pero no quiero que sientas que estás viviendo en el exilio. Hay un mundo allá afuera que te hará sentir que no perteneces a este país... O a cualquier otro país, para el caso. Pero en esta casa, Ari, solo existe pertenecer. Tú nos perteneces. Y nosotros te pertenecemos a ti.

—¿Pero no está mal ser gay? Todo el mundo parece pensar que sí.

—No todos. Esa es una moralidad barata y mezquina. Tu tía Ofelia tomó las palabras *No pertenezco* y las escribió en su corazón. Tardó mucho tiempo en tomar esas palabras y desecharlas de su cuerpo. Desechó esas palabras una letra a la vez. Ella quería saber por qué. Quería cambiar... pero no podía. Conoció a un hombre. Él la amó. ¿Quién no amaría a una mujer como Ofelia? Pero no pudo hacerlo, Ari. Terminó por lastimarlo, porque jamás podría amarlo como amaba a Franny. Su vida fue una especie de secreto. Y eso es triste, Ari. Tu tía Ofelia era una persona hermosa. Me enseñó tanto sobre lo que realmente importa.

—¿Qué voy a hacer, mamá?

—¿Sabes qué es un cartógrafo?

—Claro que lo sé. Dante me enseñó esa palabra. Es alguien que crea mapas. Digo, no crean lo que está ahí, simplemente trazan el mapa y, pues, le muestran a la gente lo que está ahí.

—Pues ahí lo tienes —dijo ella—. Tú y Dante tendrán que cartografiar un mundo nuevo.

—Y nos equivocaremos en muchas cosas y tendremos que mantenerlo todo en secreto, ¿no es así?

—Lamento tanto que el mundo sea lo que es. Pero aprenderán a sobrevivir... Y deberán crear un espacio en donde estén

seguros y aprendan a confiar en la gente correcta. Y encontrarán la felicidad. Incluso ahora, Ari, veo que Dante te hace feliz. Y eso me hace feliz a mí... porque odio verte desdichado. Y tú y Dante nos tienen a nosotros y a Soledad y a Sam. Tienen a cuatro personas en su equipo de béisbol.

—Bueno, se necesitan nueve.

Soltó una carcajada.

Tenía tantas ganas de recargarme en ella y llorar. No porque me avergonzara, sino porque sabía que sería un cartógrafo terrible.

Y luego me escuché susurrar:

—Mamá, ¿por qué nadie me dijo que el amor duele tanto?

—Si te lo hubiera dicho, ¿habría cambiado algo?

Cinco

Ya no quedaba mucho del verano. Parecía que quedaban algunos días de lluvia que después desaparecerían y nos dejarían con la sequía de siempre. Mientras levantaba pesas en el sótano, me pregunté si debería buscarme algún pasatiempo. Tal vez algo que me volviera mejor persona o simplemente para no estar tan metido en mi propia cabeza. No era bueno en nada, no realmente. No como Dante, que era bueno en todo. Me di cuenta de que no tenía pasatiempos. Mi pasatiempo era pensar en Dante. Mi pasatiempo era sentir que me temblaba todo el cuerpo cuando pensaba en él.

Tal vez un verdadero pasatiempo sería tener que mantener en secreto mi vida entera. ¿Eso era un pasatiempo? Millones de chicos en el mundo querrían matarme, me *matarían* si supieran lo que vivía dentro de mí. Saber pelear... ese no era un pasatiempo. Era un don que posiblemente necesitaría para sobrevivir.

Me di un baño y decidí hacer una lista de cosas que quería hacer:

Aprender a tocar la guitarra

Taché «Aprender a tocar la guitarra» porque sabía que nunca sería bueno. No estaba hecho para ser Andrés Segovia. O Jimi Hendrix. Así que seguí con mi lista y ya.

- Enviar solicitudes a universidades
- Leer más

- Escuchar más música
- Salir de viaje (al menos tal vez ir a acampar ¿con Dante?)
- Escribir en un diario todos los días (o al menos intentarlo)
- Escribir un poema (tontería)
- Hacerle el amor a Dante

Taché eso último. Pero no lo podía tachar de mi mente. No podías tachar el deseo cuando vivía en tu cuerpo.